

naturaleza de la actual crisis

Alonso Aguilar M.
Michael Bleany
Paul Boccara
Gérard de Bernis
Luis González S.
Arturo Guillén
S. Menshikov



NATURALEZA DE LA ACTUAL CRISIS

ALONSO AGUILAR M.

MICHAEL BLEANY

PAUL BOCCARA

GERARD DE BERNIS

LUIS GONZALEZ SOUZA

ARTURO GUILLEN

S. MENSNIKOV



© Universidad Nacional Autónoma de México,
Editorial Nuestro Tiempo

Editorial Nuestro Tiempo, S. A.
Avenida Universidad 771-103 y 104
Col. del Valle, Delegación Benito Juárez
Código Postal 03100
México, D. F.

ISBN 968-427-123-9

Primera edición, 1986

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

I N D I C E

Presentación	7
<i>Alonso Aguilar M.</i> : Acerca de la naturaleza de la actual crisis	9
<i>Paul Boccara</i> : La originalidad de la crisis estructural actual del capitalismo dentro de la problemática de los ciclos largos	45
<i>S. Menshikov</i> : Crisis estructural de la economía capitalista mundial	89
<i>Arturo Guillén</i> : La crisis actual del sistema de regulación monopolista-estatal	116
<i>Gérard de Bernis</i> : Propuestas metodológicas para un análisis de la primera fase del «trabajo de crisis» en la crisis del modo de regulación	150
<i>Michael Bleaney</i> : Perspectivas de la crisis actual	186
<i>Luis González Souza</i> : Concepciones sobre la especificidad histórica de la crisis contemporánea	215
<i>Manuel Vizcaino Mejía</i> : Relatoría y conclusiones	250

ACERCA DE LA NATURALEZA DE LA ACTUAL CRISIS

Alonso AGUILAR M.*

Desde hace varios años el tema de la crisis es sin duda el que más interesa y del que más se ocupan los economistas y quienes siguen de cerca el curso de la economía capitalista internacional. En términos generales podría decirse que hay un amplio acuerdo acerca de que nos enfrentamos a una profunda crisis. Mas apenas se trata de saber cuáles son su naturaleza y alcance, el campo de acuerdo se angosta y las discrepancias se multiplican. Y en el fondo ello es explicable porque si algo tiene de característico la actual crisis es, en primer término, su complejidad.

Las crisis, como se sabe, no son un hecho nuevo bajo el capitalismo. Desde los años veinte del siglo pasado han estado presentes con reveladora regularidad. A partir del colapso económico de 1929, el sistema sufre la más severa depresión de su historia, la que en realidad sólo se supera al precio del fascismo y una guerra devastadora. A partir de los años cuarenta las fluctuaciones cíclicas de la economía se suavizan, y no faltan quienes alegremente sostienen que las crisis han quedado atrás y que el capitalismo, convertido ahora en una armoniosa «economía mixta» ha descubierto la clave del desarrollo estable y autosostenido. Pero a partir de la segunda mitad de los

* Investigador titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

años sesenta cambia el escenario internacional. Los primeros signos de la crisis reaparecen y lo que se tenía por un sistema monetario estable —el surgido de los acuerdos de Bretton Woods— empieza a resquebrajarse, y tras la caída de la libra esterlina y más tarde la devaluación del dólar y otras monedas, se generaliza una crisis que si bien se acentúa con el descenso cíclico de 1974-75 y 1980-82, en realidad está presente desde 1967 y muestra que el carácter de las crisis económicas ha cambiado grandemente.

NATURALEZA Y ALCANCE DE LA PRESENTE CRISIS: ALGUNAS OPINIONES

En un trabajo reciente recordamos en forma sucinta algunas explicaciones de la crisis que comprueban que no es fácil comprender su verdadera naturaleza.¹ Volveremos aquí brevemente sobre el tema.

A menudo se expresa que la actual crisis, sobre todo en los países subdesarrollados, es una crisis financiera, de balanza de pagos y, para algunos, una crisis de deuda. Se repara aquí en el comportamiento de ciertas variables, a las que en vez de verse como expresión de contradicciones más profundas se las convierte en causa de éstas. En general, se caracterizan estas explicaciones porque postulan que la crisis es internacional. Pero en tal perspectiva la crisis se asocia a desequilibrios en la esfera de la circulación y no en las relaciones de producción, y no obstante reconocerse su carácter internacional, en realidad casi siempre se atribuye a lo que acontece en los Estados Unidos y en un sentido más amplio en las grandes potencias

¹ *Crisis del capitalismo en América Latina*. Intervención del autor en el Seminario organizado por el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, y el Seminario de Teoría del Desarrollo del IEC-UNAM. La Habana, septiembre 11-13 de 1984.

capitalistas. De lo que resulta que, para la mayor parte de los países del sistema la crisis resulta algo que obedece a factores externos más que a contradicciones internas. Y en el caso concretamente de los países subdesarrollados, a menudo se procede como si lo ocurrido en ellos fuese mero reflejo o función de lo que pasa en otros, lo que recuerda el mecanicismo y la unilateralidad del esquema centro-periferia y entraña un tipo de análisis que se divorcia de la dialéctica real del proceso capitalista.

Desde luego la actual crisis tiene un innegable ingrediente financiero. Bastaría recordar la inestabilidad monetaria y el desmoronamiento del sistema de Bretton Woods, la inestabilidad cambiaria y las múltiples severas devaluaciones de casi todas las monedas, la sobrevaluación artificial del dólar, los déficit financieros internos sin precedente, los desequilibrios de las balanzas de pagos, el incontenible endeudamiento interno y externo y el cada vez más oneroso servicio de esas deudas debido a la inflexibilidad y el alto interés de los créditos, para convenir en que la crisis financiera por sí sola muestra una extrema gravedad. Mas si bien tales problemas merecen la mayor atención al tratar de establecer el carácter de la presente crisis, y desde luego no debieran ser vistos como cuestiones secundarias ni meramente pasivas sino como elementos que contribuyen a agravar la crisis, a nuestro juicio lo que es incorrecto es convertirlos en el eje y aun en la causa principal de aquélla.

Otro tipo de explicaciones de la actual crisis afirma que ésta es la consecuencia de que el complejo de factores que hasta cierto momento hizo posible que la acumulación de capital se desarrollara sin mayores tropiezos se ha agotado o no es ya capaz de asegurar el crecimiento. Al respecto algunos aluden a un «modelo» de acumulación determinado que deja de funcionar adecuadamente, en tanto que otros reparan más bien en que lo que ha dejado de operar es una estrategia, una política o incluso un «estilo» de desarrollo.

Como puede apreciarse, tales explicaciones no son idénticas ni tienen un mismo alcance o contenido de clase. En sus versiones más superficiales aluden a aspectos formales o cuando más a aspectos institucionales secundarios. Con frecuencia se atribuye la crisis a una política económica determinada, es decir a la línea de acción concreta seguida por ciertos países en un marco estratégico preestablecido. A veces se hace referencia a ciertas estrategias de desarrollo, a las que se señala como responsables de la crisis, y desde posiciones diversas, concretamente la actual crisis suele asociarse al «agotamiento» de un modelo de acumulación, que obliga a sustituirlo por otro.

Cuando se habla de tales «modelos», lo cierto es que a menudo no es fácil saber a qué se alude concretamente. A veces se pone énfasis en problemas tecnológicos y se sugiere que el agotamiento del «modelo» en cuestión y por tanto la crisis obedece a que el proceso de reproducción no puede llevarse adelante sin un cambio tecnológico y una reestructuración profunda de la producción y del capital. En ocasiones se subraya que lo que entra en crisis es la «forma» o el «patrón de reproducción» y en particular la organización social —entendida también como forma determinada— que previamente hizo posible la reproducción del capital. Según otros autores el «modelo» se caracteriza sobre todo por ciertos rasgos políticos, por ejemplo el carácter del Estado y su política, las fuerzas sociales en que se sostiene, el tipo de los partidos en el poder y su orientación fundamentalmente reformista y democrático-burguesa o conservadora y aun represiva. En fin, para otras personas cada etapa del desarrollo capitalista tiene un «modelo» de acumulación específico. En las palabras por ejemplo del economista venezolano Armando Córdova.

la transición de un modelo de acumulación a otro trae consigo una crisis global, o sea una *gran depresión* en

el sistema, que afecta todas las 'esferas' de las formaciones socioeconómicas, y reclama un cambio en el modo de articulación, es decir, cambios que van desde aquéllos en la estructura económica[...] y la correspondiente división internacional del trabajo, en la estructura de las clases sociales y su lugar concretamente en los bloques de poder, hasta aquellos en la estructura política y en el contexto ideológico [...]²

Pues bien, conforme a tal explicación, el "modelo que actualmente está en crisis[...] es el basado en las así llamadas grandes corporaciones transnacionales, cuya capacidad productiva se ha incrementado grandemente[...]"³

El que esto escribe no considera especialmente útil el concepto de «modelo», porque piensa que puede sustituirse con indudables ventajas por ciertas categorías históricas más rigurosas, más ricas en contenido y más útiles para el análisis teórico de un fenómeno como la crisis. Pero independientemente de ello, creo que al margen del alcance que en cada explicación se da al «modelo» que supuestamente provoca la crisis, lo cierto es que es ésta la que vuelve inoperante determinados «modelos», y no a la inversa. De ahí que la teoría de los modelos, que por lo demás mezcla de manera ambigua y parcial ciertos aspectos de la crisis de regulación del capitalismo, deja en pie el problema de determinar qué viejas y nuevas contradicciones provocan una crisis como la actual.

La explicación anterior suele coincidir con la de quienes, aun no haciendo expresa referencia a los problemas antes señalados, consideran que el aspecto central de la crisis, y concretamente de la actual, es la presencia de un ciclo largo de carácter depresivo. En el pasaje ya

² Armando Córdova, "The crisis of the world capitalists system as desintegration of its mode international articulation", *Socialism in the World*, No. 42, 1984, Round Table 83, Cavtat, Yugoslavia, p. 174.

³ *Ibid.*, p. 173.

mencionado de Córdova, éste incluso identifica la crisis global con una «gran depresión» en el sistema.

Según otros autores, visto en una amplia perspectiva histórica, el capitalismo exhibe largas fases de expansión seguidas de ciclos de estancamiento, concretamente en la acumulación de capital.⁴

¿A qué obedecen estos ciclos, o qué es lo que explica que a partir de cierto momento, el proceso de expansión —las llamadas fases «a»— tropiecen con insuperables dificultades? Wallerstein considera que la respuesta es la “disparidad entre las determinantes sociales de la oferta y la demanda globales”. La primera resulta de la suma de decisiones individuales, es decir de la anarquía de la producción, en tanto que la segunda es función de la suma de decisiones sociales acerca de la distribución del excedente”, decisiones que en lo fundamental se toman a través de las instituciones políticas, y en forma discontinua para hacer frente a los conflictos de clase.⁵

Y ¿cómo supera el capitalismo los ciclos de estancamiento o depresión, o sea las fases «B»? Según el autor antes mencionado, tras intentar escapar a la crisis tratando de vender a precios más altos que compensen la baja de las ventas, lo que en la práctica lleva con frecuencia a perder dinero más que a incrementar la ganancia por unidad, los capitalistas recurren a la reducción de costos, principalmente, deprimiendo los salarios reales, a la creación de deudas, sobre todo con los bancos, y a utilizar sólo una parte de su capacidad instalada, lo que sin duda se expresa en un creciente desempleo.

En un principio todo ello es desfavorable para los trabajadores, cuya posición de clase se debilita. Pero más adelante se extiende el descontento y se intensifica la lucha de clases. Y ante esta nueva situación el sistema recurre

⁴ Véase, por ejemplo, Immanuel Wallerstein, *Economic Cycles and Socialist Politics*, intervención en el I Congreso Internacional de Política Económica, Río de Janeiro, agosto 12-17 de 1984.

⁵ *Ibid.*, pp. 3-4.

a las innovaciones, sobre todo en consorcios y procesos monopolistas que a partir de una nueva tecnología permiten elevar la tasa de ganancia, y por otra parte a reformas que implican cierta redistribución del ingreso y de la plusvalía, que resuelvan los problemas de realización.

Según el autor a que nos referimos, hacia 1990 así concluirá la presente crisis y se iniciará una nueva fase. Y si bien con el tiempo este proceso llevará a la desaparición del capitalismo como sistema mundial, el nuevo sistema no será socialista.

Para autores como Mandel, en cambio, "la economía capitalista internacional atraviesa actualmente la depresión más grave de su historia[...]"; debido a la combinación de tres procesos: las recesiones (crisis de sobreproducción) generalizadas en el conjunto de los países capitalistas, una «nueva onda larga depresiva» que comienza hacia fines de los años sesenta o principios de los setenta, y los efectos de la «crisis histórica» de más largo plazo de «declinación del sistema imperialista».⁶

Como puede advertirse, para Mandel el «ciclo largo» no es el único elemento en juego, aunque está estrechamente ligado al desarrollo del «ciclo industrial». Debido a esta «correlación», durante las «ondas largas expansivas», las crisis cíclicas son menos profundas y de menor duración, en tanto que en las «ondas largas depresivas» —como la actual—, las crisis son más prolongadas y más intensas y las fases de recuperación más cortas y más inestables.

El segundo aspecto de la correlación de que hablamos consiste en que en tanto el tránsito de una onda larga expansiva a una recesiva se realiza conforme a la lógica interna del sistema, el paso de ésta a aquélla requiere de

⁶ Véase Ernest Mandel, "La crise économique du capitalisme contemporaine et son influence sur les rapports et institutions politiques et sur la lutte des classes", *Socialism in the World*, No. 42, de 1984, p. 22.

factores exógenos, de hechos especiales que hagan posible la elevación de la tasa de ganancia como condición de una nueva larga fase de acumulación de capital.

Las revoluciones tecnológicas, según Mandel, juegan un papel «decisivo» para explicar el carácter prolongado y acumulativo de las «ondas largas», pero no para explicar su «desencadenamiento».⁷ La aplicación de las innovaciones al proceso económico permite elevar la tasa de acumulación, pero a partir de una previa restauración de la tasa media de ganancia.

Parece indudable que, bajo el capitalismo, hay periodos en los que debido a hechos de diversa naturaleza que sin embargo es posible establecer con precisión, la actividad económica cobra impulso frente a otros en los que, por el contrario, hay un aflojamiento e inclusive un retroceso. Mas apenas se repara en tales «ondas largas», surgen explicables dudas: ¿Tienen esos periodos una duración fija determinada? ¿Se puede decir que, como lo sugieren ciertos autores, cada una de sus dos fases requiere de unos 25 años? ¿Existe realmente esta regularidad? ¿Se trata además propiamente de un ciclo, es decir de procesos periódicos y recurrentes similares a los del llamado ciclo «corto», o sea el ciclo económico propiamente dicho? ¿Responden en su caso los ciclos largos a la dinámica o lógica interna del sistema? ¿Rigen sus movimientos los de la acumulación de capital no sólo a largo sino inclusive a corto plazo? ¿O se da al menos la correlación señalada por autores como Mandel? ¿Y a la inversa, son el ciclo económico y las contradicciones digamos clásicas del proceso de reproducción lo que explica la duración y el carácter de los ciclos u ondas largas? ¿Tienen éstas una relación estrecha con el fenómeno histórico mucho más vasto de la crisis general, o más bien su duración está prestablecida y podemos ya anticipar, como lo hacen

⁷ *Ibid.*, pp. 24-25.

Wallerstein y otros. que hacia 1990 superaremos la actual crisis al abrirse una nueva larga fase de expansión?

De nuestra parte no tenemos respuestas tajantes ni definitivas a cada una de estas cuestiones, pero ponemos a consideración del lector algunas ideas iniciales, que en cierto modo son también dudas.

Parecería, en primer lugar, simplista e inaceptable sostener que las «ondas largas» tienen una duración determinada. Y para demostrarlo bastaría recordar que ni las guerras, las revoluciones tecnológicas y ni qué decir de las revoluciones sociales, se producen conforme a planes y calendarios elaborados de antemano. Lo que significa que la duración de tales periodos suele ser muy variable, y que incluso un hecho grave inesperado puede modificar súbitamente la situación y poner fin o dar principio a un estado de cosas muy diferente del que privaba la víspera.

Tampoco creemos que las ondas largas sean fenómenos que se registren regularmente y de manera cíclica, o sea recurrente, como acontece con el ciclo económico. Al decir que no son regulares no sugerimos que se trate de hechos que no expresen la acción de ciertas leyes del desarrollo capitalista. No; la tendencia histórica a las bajas de la actividad económica podría significar que en las fases largas de crecimiento, diversos factores contribuyen a suavizar las contradicciones fundamentales del sistema y a que el proceso de acumulación se desenvuelva sin rupturas profundas y con mayor continuidad, y que en las fases de menor crecimiento, esas contradicciones se agudicen y vuelvan más inestable la acumulación. La contradicción advertida por Lenin, de que la competencia monopolista tiende por una parte a hacer crecer incluso más de prisa el capital que en la fase premonopolista, y a la vez el monopolio tiende al estancamiento, podría ayudarnos a entender la creciente inestabilidad y también la dirección en que el capitalismo se mueve a largo plazo. Por ello lo que queremos subrayar es más bien que los

llamados ciclos largos no son periódicos ni tienen en tal sentido una regularidad comparable a la del ciclo económico, como expresión de la duración del capital fijo. Admitiendo que la composición de éste es heterogénea y que el peso del capital que se deprecia con mayor lentitud y por tanto en lapsos más largos influye en la duración del capital fijo en su conjunto y sobre todo en algunos de sus componentes, es indudable que el capital se renueva fundamentalmente bajo la influencia de sus partes más dinámicas —como la maquinaria y equipo— cuya duración determina en general la del ciclo económico.

En cuanto a la relación de unos ciclos y otros y su influencia sobre la acumulación de capital, parece obvio que un análisis riguroso del proceso económico y en un sentido histórico de la crisis misma, debiera tomar en cuenta los factores que condicionan su desarrollo, a corto y largo plazo, y la forma en que interactúan. Pero ello no como un cotejo formal de conceptos diferentes sino como expresión del modo real como se desenvuelven y relacionan entre sí, en cada fase y aun en cada etapa del desarrollo. Lo que a nuestro juicio significa que, para entender la actual crisis y tanto el régimen de funcionamiento a largo como a corto plazo, las contradicciones deben situarse en el marco específico de la crisis general del capitalismo y del momento particular que esta crisis atraviesa, es decir en el marco de la realidad concreta en que tales contradicciones se desenvuelven.

Por todo lo anterior, frente a las posiciones hasta aquí examinadas y ante otras según las cuales nos enfrentamos hoy no a una sino a múltiples crisis de diversa naturaleza y de alcance universal, nosotros pensamos que la presente crisis es en realidad una sola, una crisis sin embargo que aqueja al capitalismo en su conjunto, y que si bien afecta también a los países socialistas no es propia de éstos, y que lejos de ser anormal, expresa leyes y contradicciones inherentes al capitalismo, así como una nueva y mayor dimensión que la hace en realidad no sólo una

crisis económica sino también social, ideológica y política, que desde luego no se manifiesta de manera idéntica o siquiera más o menos uniforme en los distintos países del sistema, toda vez que el desarrollo de éstos es muy desigual.

Tres son los aspectos y en cierto modo los diferentes niveles en que se expresan las contradicciones que subyacen y condicionan la actual crisis: el de la crisis cíclica, el de la crisis del sistema de regulación y de la crisis general.

La crisis cíclica

Desde luego la actual crisis no es sólo cíclica, pero su carácter cíclico sigue y seguirá presente mientras haya anarquía de la producción y capitalismo. Pero así como antes tendía a verse la crisis sólo como un fenómeno cíclico, acaso ahora tendemos a no prestar a este aspecto suficiente atención.

Para algunos, la crisis cíclica sigue siendo una crisis «clásica» de sobreproducción. Yo difiero de este punto de vista. Difiero de él porque creo que las crisis clásicas de sobreproducción correspondieron sobre todo a la fase premonopolista o incluso a la época imperialista anterior a los años treinta. Aun si consideráramos —y esto es muy discutible— a la crisis que se inicia en 1929 como una crisis «clásica», sería más difícil atribuirle tal carácter a la de 1974-76 o a la que comienza en 1980.

¿Por qué pensamos que éstas no son ya crisis «clásicas»? Por múltiples razones: porque se registran con mayor frecuencia que antes, o sea porque el ciclo se ha acortado grandemente debido al agravamiento de la contradicción fundamental, al peso creciente de la maquinaria y equipo en el capital fijo, y a que las tasas de depreciación y obsolescencia son casi siempre superiores a las que corresponden a los coeficientes de desgaste físico del

capital; porque las fases de recuperación son más cortas, inestables y vacilantes; porque la fase recesiva o depresiva es menos intensa y se expresa más que en una sobreproducción propiamente dicha de mercancías en una persistente sobreacumulación de capital, y acaso sobre todo, porque en la recuperación y aun en el auge, el desempleo sigue siendo masivo y elevado y durante la recesión no sólo no bajan los precios a la manera clásica sino que incluso se acentúa o al menos persiste la inflación, la que en realidad va adquiriendo un carácter crónico. Y todo ello, además, se produce no ya en respuesta solamente al mecanismo más o menos espontáneo del mercado y de los precios, sino a partir de la regulación propia del capitalismo monopolista de Estado, en una fase muy avanzada de la crisis general. De todo lo cual resulta que el papel correctivo de la crisis cíclica se altere y que, no obstante la violencia y la profundidad propia de tales crisis, éstas no basten ya, como en general ocurrió en la fase premonopolista, para restablecer las condiciones que aseguren una renovación masiva del capital fijo.⁸

⁸ La depresión de los años treinta dejó ver claramente esa situación y mostró ya cambios muy profundos en el régimen del ciclo económico. Y pese a la desvalorización sin precedente de capital que provocó, lo cierto es que tras el breve y débil repunte de la actividad económica en 1936 y principios de 1937, a partir de este año la depresión reapareció, mostrando su verdadera intensidad y la incapacidad del sistema para abrir, en tales condiciones y sin cambios más profundos como por ejemplo resultó la Segunda Guerra, una nueva y vigorosa fase de expansión.

Correspondió probablemente a Eugenio Varga el mérito de haber advertido tales cambios y de comprender que la profunda y larga depresión de los años treinta no bastaría para reanimar el proceso económico debido al efecto de la crisis general. "...dinámicamente —escribió al respecto Varga— la depresión actual —al contrario de las depresiones normales—, no constituye una base suficiente para un ascenso de la economía capitalista. El carácter especial de la depresión consiste en la deformación del ciclo industrial, bajo los efectos de la crisis general del capitalismo. Eugenio Varga, *La crisis y sus consecuencias políticas*, Barcelona, 1935.

Todo esto sin embargo no significa que la crisis cíclica pierda importancia o que, como pretenden algunos autores, su movimiento se subordine al carácter de la fase correspondiente del ciclo largo. A estas horas, por ejemplo, es ya claro que quienes anticipaban que el sistema caería en el estancamiento o subrayaban que el signo principal de esta etapa sería una larga e inevitable depresión, se han equivocado de nuevo. Pues si bien la tendencia al estancamiento está presente, ella es sólo uno de los extremos de una contradicción propia del capital monopolista. Y si bien la fase de recuperación que se inicia en 1983 está dejando ver rasgos que dan cuenta de que más que el inicio de una nueva expansión de largo alcance, parece un repunte limitado, inestable y desigual, que incluso no se generaliza siquiera en los países capitalistas industriales, coincide además con el agravamiento de la crisis en los países subdesarrollados, los que ahora tienen que enfrentarse en condiciones muy desfavorables tanto a esa crisis como al saqueo imperialista y a las consecuencias de las medidas con que los países imperialistas intentan salir de ella y estabilizar sus economías sin importarles que las cargas más pesadas del reajuste caigan sobre los países económicamente más atrasados y débiles.

Pero lo que queda en pie es que, pese a sus limitaciones y al nuevo régimen del ciclo económico, la crisis cíclica sigue siendo inherente al proceso de reproducción del capital, sigue expresando el agravamiento de la contradicción fundamental que resulta sobre todo de la creciente socialización de la producción en el marco del CME, y expresando además, tanto la cada vez mayor inestabilidad del sistema como el intento de superar ésta a través de ciertos mecanismos de regulación. En tal sentido la crisis cíclica sigue siendo a la vez una crisis de estructura, y no como algunos sugieren meramente coyuntural, y el dispositivo a través del cual el sistema desvaloriza y reestructura cíclicamente el capital, modifica los términos en que se reparte la plusvalía y la base técnico-material

de la producción al menos en ciertas actividades, elimina unas fracciones débiles del capital mientras refuerza a otras, y a la postre consigue con todo ello restablecer la tasa de ganancia, renovar el capital fijo y abrir una fase de recuperación y crecimiento, que aun siendo débil y de corta duración, da cuenta de que la recesión previa, en este caso la de 1980-82, fue suficientemente larga y severa para crear las condiciones que hicieron posible el crecimiento de la economía sobre todo en Estados Unidos, y en menor medida también en otros países en 1983-84.

El solo desarrollo del CME derivado de la acentuación de la crisis general es sin duda un factor que influye en el nuevo carácter de la crisis cíclica, pues a él están ligados hechos tales como el peso creciente de la actividad improductiva y concretamente de la carrera armamentista, el persistente déficit fiscal y financiero del Estado, la creación y movilización de una masa enorme de capital ficticio que no corresponde en modo alguno a la capacidad del ciclo del capital para generar un volumen determinado de capital-dinero, la inflación, y el agravamiento de los desajustes monetario-financieros del capitalismo, que hace que éstos adquieran tal dimensión que la crisis parece a primera vista sólo o fundamentalmente una crisis financiera.

Y otro aspecto del análisis del carácter cíclico de la actual crisis que nos parece digno de atención, es el relativo al modo en que se relacionan e interactúan las diversas formas y niveles en que se expresan las contradicciones del sistema en la presente etapa. Al respecto tendemos a unilateralizar tal análisis, destacando parcialmente y por separado sobre todo el papel de aquellos aspectos de la crisis que nos parecen los fundamentales o reparar en un tipo de relaciones que más que corresponder a la dialéctica real del proceso, sugiere cierto eclecticismo y a veces incluso cierta tendencia al mecanicismo. De tales fallas adolecen a nuestro juicio aquellas posiciones que, de ma-

nera un tanto absoluta y simplista postulan que el nuevo carácter de la crisis cíclica y aun la profunda alteración en el régimen del ciclo económico obedecen al desarrollo de la crisis general, sin explicarnos en qué consiste éste y cómo influye sobre tales hechos. Y similar es el error de quienes todo lo explican y atribuyen, o bien al carácter «estructural» de la actual crisis o bien al hecho de que lo decisivo hoy es que el sistema de regulación se ha vuelto inoperante o al menos cada vez más defectuoso e ineficaz. Si bien la influencia de esos fenómenos en la crisis cíclica está sin duda presente, la clave en nuestro concepto consiste en establecer con precisión el alcance las formas y mecanismos en que esa influencia se ejerce, y en comprender a la vez que la crisis cíclica no es un elemento pasivo, es decir un hecho subordinado que sólo se desenvuelva en función de otros.

Lo cierto es que aun admitiendo que el hecho y la categoría histórica de mayor alcance es la crisis general, tendríamos que ver cómo influye ésta en el carácter cíclico de la acumulación y específicamente de la renovación de capital, qué papel corresponde en su caso a la crisis de los mecanismos de regulación y a lo que algunos definen como crisis estructurales y al propio tiempo, en qué medida y de qué manera la crisis cíclica revierte o influye a su vez sobre el sistema de regulación y la tendencia a largo plazo de descomposición del capitalismo, propia de la crisis general. Pues el solo hecho de que a partir de 1974 y concretamente entre ese año y 1982 haya habido por lo menos cinco años de casi nulo crecimiento y aun retrocesos económicos, y de que aun al iniciarse la recuperación en los países industriales se haya agravado el decaimiento en el llamado Tercer Mundo o haya persistido la recesión en numerosos países, es suficiente para pensar que la crisis cíclica se agudiza en años recientes y que por lo tanto su influencia aun en el desarrollo a plazo medio y largo del sistema no debiera menospreciarse.

La crisis actual, como una de largo plazo

La actual crisis, hemos dicho, no es sólo cíclica sino sobre todo y fundamentalmente una crisis de mayor alcance, propiamente de largo plazo y que se extiende ya durante más de quince años. Algunos llaman a esta crisis «estructural», otros la ven como una «crisis del sistema de regulación», otros la asocian al carácter «depresivo de un ciclo largo», y otros, en fin, la refieren a una fase de la crisis general y piensan que en realidad es éste el fenómeno central que explica los cada vez más graves desequilibrios del sistema capitalista.

El que esto escribe no duda de que la actual crisis es estructural. Pero su reserva frente a esta caracterización deriva más bien del hecho de que todas las crisis profundas que aquejan al sistema son propiamente estructurales: inclusive las crisis cíclicas, afectan sin duda no sólo al conjunto de las fuerzas productivas sino las relaciones mismas de producción, y ello no podría ser de otro modo pues tales crisis expresan el agravamiento de la contradicción fundamental y su efecto, a corto y medio plazo, sobre el proceso de reproducción.

Por encima de disquisiciones que incluso pueden resultar semánticas, lo que parece indudable es que el capitalismo atraviesa por una crisis de largo plazo, similar a otras que lo afectaron en otros momentos de su historia y a la vez con rasgos específicos que es necesario distinguir y situar con precisión. Esta crisis afecta el funcionamiento del sistema en sus bases mismas, es decir tanto la estructura productiva como las relaciones de producción y de distribución y las relaciones entre ambas, al sistema monetario-financiero, las relaciones entre países y la existente división internacional del trabajo y desde luego al Estado, su política y la estructura social y la lucha de clases.

Los desequilibrios propios de esta crisis de largo plazo resultan en parte del nuevo régimen de funcionamiento

del ciclo económico, pero en parte a la vez expresan problemas más permanentes y cuyo alcance rebasa el marco del ciclo, como ocurre por ejemplo hoy con la inflación, el desempleo, el armamentismo y el carácter cada vez más parasitario del capitalismo.

En el surgimiento y desarrollo de estas crisis de largo plazo juega un papel principal el cambio tecnológico, pues en realidad no sólo son ciertos avances en tal sentido los que, ligados a la elevación en la composición técnica y orgánica del capital afectan la tasa de ganancia y llevan a la crisis, sino esos cambios también los que la agravan y los que a través de cuantiosas pérdidas resultantes de una dura competencia, permiten desvalorizar y destruir parte del capital en operación, mientras otras fracciones siguen presentes e incluso se fortalecen y afirman su posición monopolista dominante en el seno de la oligarquía. Pero el cambio tecnológico profundo y que adquiere un rango cualitativo diferente, lejos de ser un hecho aislado o una variable independiente de la que dependa el proceso de acumulación, resulta de un lado de las propias contradicciones de éste y de la posibilidad de superarlas no por medios meramente técnicos sino a través de la lucha de clases y de enfrentamientos y contradicciones tan irreconciliables como los que provocan las guerras y las revoluciones, y que se desenvuelven en lapsos más prolongados que los de las crisis.

Ahora bien, las crisis de largo plazo aparte de no ser, por definición, pasajeras sino persistentes, no son tampoco permanentes ni menos aún catastróficas o mortales para el capitalismo. Ni siquiera es absoluta la tendencia al estancamiento que en ellas se agudiza, y por eso a nuestro juicio no se las puede ver tan sólo como largas y profundas depresiones a las que sucederán prolongadas fases ascendentes, pues el capitalismo no tiene esa dinámica pendular. Más bien son hechos que dejan ver una creciente inestabilidad que no logra superarse a la manera tradicional,

La desigualdad y en ciertos momentos la lentitud con que se desenvuelve el cambio tecnológico, y en otros la celeridad con que se impone en algunas ramas, determinan profundos desajustes en ciertas áreas, algo así como crisis de ramas o actividades concretas, lo que a veces se denomina «crisis en esferas individuales» que acentúan la inestabilidad. Pero aun en tales casos no se trata de que las crisis se multipliquen sino de que sus diversas manifestaciones se entrelazan y refuerzan mutuamente, como expresión del agravamiento de la contradicción fundamental.

Dentro de la crisis de largo plazo juega un papel fundamental el desarrollo del CME, tanto para provocar la crisis como para tratar de salir de ella. Su relación es tan estrecha que algunos ven la crisis actual como fundamentalmente una crisis del capitalismo monopolista de Estado. Pero al parecer las crisis de largo plazo, llámese-las «estructurales» o «de regulación», no se limitan a la etapa histórica del CME, es decir a la última y más compleja etapa del desarrollo del capital monopolista.

Y ello por cierto hace surgir ciertas dudas. Si independientemente de cómo se denomine a tales crisis, convenimos en que incluso se producen en periodos tempranos del desarrollo capitalista o en todo caso desde fines de la fase premonopolista, ello indicaría que más que expresar contradicciones del capital monopolista, corresponden a momentos particulares en el movimiento histórico del capital incluso muy anteriores al advenimiento del imperialismo. O en otras palabras, tal situación sugeriría que aun bajo la competencia no monopolista el capitalismo no pudo siempre superar las contradicciones de la acumulación en el marco del ciclo y de las crisis cíclicas. En un momento dado se registraron desequilibrios más profundos y persistentes que reclamaron cambios también más profundos en las relaciones de producción y en la base técnico-material del sistema. Y de ser esto así —aunque ello no debiera significar restarle importancia—, el

propio imperialismo y la crisis general que se inicia desde los años de la Primera Guerra Mundial, resultarían no ser los hechos decisivos determinantes de la crisis de largo plazo, aunque a la vez, la influencia de tales hechos concretamente en la actual crisis tendría que ser debidamente considerada.

Y también tendría que examinarse la influencia que dichas crisis ejercen en la perturbación del ciclo económico y en la creciente incapacidad de éste para desvalorizar capital en la escala necesaria para contrarrestar la persistente sobreacumulación de capital.

Ahora bien, al apreciar la dinámica y la problemática propia de las crisis de largo plazo y advertir no sólo las vicisitudes de la tasa de ganancia y la forma inclusive violenta en que cada fracción del capital monopolista intenta llevarse la mejor parte de aquélla sobre todo cuando desciende, sino la forma en que tales hechos contribuyen a extremar la inestabilidad del proceso de acumulación y del desarrollo capitalista en su conjunto, se sugiere a menudo que ello es así porque, en realidad, lo distintivo y más importante de la actual crisis es que se trata de una que afecta todo el «modo» o sistema de regulación, y que es precisamente la ineffectividad de éste lo que determina la profundidad y persistencia de la presente crisis.

Cuando se alude a la regulación, sin embargo, surgen no pocas dudas.

Algunos, por ejemplo, limitan su alcance al de ciertos mecanismos institucionales que sin duda son susceptibles de modificarse o sustituirse por otros. A veces se piensa que la regulación atañe sobre todo a la acción del Estado y a la política concreta que se adopta para lograr determinados fines. En ocasiones se va más lejos y parece aludirse a ciertas orientaciones burguesas que son las que en su caso han entrado en crisis. Y al hablarse de la crisis de regulación tampoco queda claro a menudo qué relación tiene ésta con las crisis llamadas estructurales, enten-

dido aquí este término como un fenómeno de largo plazo y más profundo que las crisis propiamente cíclicas.

Algunos piensan al respecto que si la actual crisis es estructural, afecta por tanto a todo el funcionamiento del sistema, lo que significa que no escapan a ella los mecanismos de regulación. De ahí que desde tal perspectiva podría decirse que la ineffectividad de éstos es tan sólo un aspecto de la crisis estructural. Para otros, en cambio, el concepto «crisis estructural» es inadecuado y no explica satisfactoriamente el hecho de que es el «modo» de regulación, o sea, el sistema mismo, el conjunto de factores objetivos que contrarrestan el agravamiento de la contradicción fundamental y aseguran la continuidad de la acumulación de capital, lo que básicamente entra en crisis.

A veces se hace referencia a cómo, bajo la presente crisis, es obvio que ni los mecanismos más o menos espontáneos del mercado ni aquéllos propios del CME operan ya en condiciones que permitan que la acumulación de capital se desenvuelva sin profundas rupturas e interrupciones, y que incluso la inflación crónica, el impacto desfavorable de la carrera armamentista, los profundos desajustes monetario-financieros, la inestabilidad en los mercados de materias primas, los problemas de las ciudades y aun la creciente incapacidad del CME para suavizar las oscilaciones cíclicas del último decenio muestran que el sistema de regulación es cada vez más ineficiente, lo que equivale a señalar que sufre una profunda crisis, sin perjuicio de que ésta tenga otros rasgos significativos que incluso desborden el ámbito de la regulación propiamente dicha.

En explicaciones como la de Gérard De Bernis y el grupo de economistas de Grenoble, quienes aceptan sin duda que la actual crisis es de largo alcance, el concepto de crisis estructural es impreciso y no da cuenta con suficiente claridad de que lo que está en crisis es el «modo» de regulación, entendido para ellos como la articulación

misma de las leyes de la ganancia, articulación que deja de estar presente a partir del momento en que se rompe la «estabilidad estructural» del proceso de acumulación porque no operan ya con eficacia las fuerzas que contrarrestan la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y las que determinan la tendencia a la igualación de ésta, y por tanto el reparto de la plusvalía entre los capitalistas que antes hizo posible superar las contradicciones más graves y asegurar el desarrollo más o menos estable de la acumulación.⁹

En otra variante, sin duda también de interés, la crisis actual expresa y aun resulta del agravamiento de la contradicción fundamental, y en particular de la existente entre la cada vez mayor socialización de la producción y la incapacidad del sistema de regulación estatal-monopolista para adaptarse a ella y poder impulsar adecuadamente el crecimiento de las fuerzas productivas, pues si bien tal sistema promueve la socialización a través de las empresas estatales y la ampliación del llamado «sector público», de los monopolios privados y de la relación cada vez más estrecha entre unos y otros, “La propiedad estatal, lejos de suprimir las relaciones capitalistas de explotación sirve al contrario para reforzarlas[...].”¹⁰

En tales condiciones, más socialización de la producción significa al mismo tiempo más concentración y centralización del capital, más alto grado de monopolio y mayor incapacidad del sistema de regulación para superar la contradicción fundamental.

Y al hablar de «crisis en el modo estatal monopolista de regular la economía» como intento de adaptar el ca-

⁹ Véase: Gérard de Bernis, *La crise des économies capitalistes avancées comme crise du mode de régulation des économies capitalistes*. Ponencia presentada al Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas, y publicada en el libro *La fase actual del capitalismo*, México, UNAM-UAM Iztapalapa-Editorial Nuestro Tiempo, 1985.

¹⁰ S. Novosselov, *La contradiction fondamentale du capitalisme et l'époque contemporaine*, Moscú, 1981, p. 228.

pitalismo a las nuevas condiciones impuestas por el socialismo y la revolución científico-técnica¹¹ debiéramos ser conscientes de que la actual crisis no sólo afecta al «sistema de regulación», o sea la forma específica en que se intenta asegurar el desarrollo más o menos estable de la acumulación, sino al modo de producción capitalista en su totalidad, y por tanto a cada una de las formaciones sociales concretas en que ese modo de producción opera en nuestro tiempo.

Algunos autores, en fin, subrayan que el problema central consiste en que, como lo muestran el descenso de la tasa de ganancia desde fines de los años sesenta y la existencia de altas proporciones de capacidad productiva ociosa, el problema central de la presente crisis consiste en una sobreacumulación de capital que no logra superarse ni mediante la crisis cíclica digamos «normal» ni a través de los mecanismos propios del CME. Lo que aquí está en juego acaso como hecho central es la creciente influencia de la crisis general —y por lo tanto de los problemas de la acumulación a largo plazo— sobre el comportamiento cíclico del sistema y concretamente sobre el alcance de la crisis cíclica como mecanismo de regulación, en la presente etapa del desarrollo capitalista. “Evidentemente —señala al respecto el economista de la RDA Günther Krause, cuya posición coincide en lo fundamental con la de otros autores de su país— ni la depreciación y destrucción de la capital ni el mecanismo de regulación del capitalismo monopolista de Estado son capaces de establecer un equilibrio entre el movimiento de la tasa de ganancia y la acumulación de capital. Por lo visto no es posible poner en acción fuerzas impulsoras más poderosas para el crecimiento económico. A ello obedece que el ritmo de desarrollo económico sea notoriamente menor que el de periodos anteriores[...].”¹²

¹¹ *Ibid.*

¹² Günther Krause, *Sobre los procesos de crisis en el imperialismo actual*, ponencia presentada al Seminario de Teoría del Desarrollo de la UNAM, México, diciembre de 1983.

Lo que demuestra que la acumulación sólo es hoy viable a través de crisis cada vez más profundas, o sea de una creciente inestabilidad que se expresa en una "crisis en los instrumentos y formas de la regulación monopolista de Estado, en la crisis de la regulación monopolista de Estado". O dicho en otras palabras: "el núcleo económico de la crisis general del capitalismo radica en una crisis en constante avance en cuanto a la regulación del proceso de reproducción capitalista a través de los beneficios y los precios monopolistas",¹³ los que, ante la cada vez mayor socialización de la producción, resultan del todo inadecuados, incluso en su forma monopolista estatal, para establecer las proporciones en la economía necesarias para asegurar un desarrollo medianamente estable. Y aquí se observan de nuevo ciertas variantes, como la posición por ejemplo de quienes creen que la actual es la tercera crisis del sistema de regulación capitalista y la de quienes, como Krause, piensan que ésta es una manifestación permanente de la crisis general del capitalismo, pero actualmente más acentuada, y que sin embargo no excluye "la posibilidad de procesos parciales de adaptación".

Al margen de las discrepancias que puedan advertirse en los planteos anteriores, en nuestra opinión hay dos aspectos fundamentales del problema en torno a los cuales probablemente habría mayor acuerdo: Uno es que la actual crisis, como ya vimos, es sin duda estructural, o sea un fenómeno de largo alcance y desde luego no meramente un desajuste cíclico.

S. Menshikov señala al respecto que lo que caracteriza a esta crisis es que "...[la] incongruencia entre la vieja estructura económica y las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas y de la revolución tecnológica se expresa en el severo descenso de las tasas globales de crecimiento económico, en el aflojamiento del avance técnico y en el persistente aumento del desempleo. Pero otras

¹³ *Ibid.*

manifestaciones de esta crisis estructural son el estancamiento de numerosas importantes industrias en el conjunto de la economía capitalista, la crisis que aqueja a vastas regiones y naciones enteras y los profundos y persistentes desequilibrios en la esfera de la circulación y la redistribución (circuitos monetarios, inflación, divisas y tipos de cambio y finanzas públicas.)¹⁴

El otro aspecto es que por regulación entendemos no sólo el empleo de ciertos instrumentos o de determinadas políticas sino el mecanismo de operación de las leyes económicas y la relación entre ambos, y en un sentido más profundo, el sistema conforme al cual el capitalismo intenta asegurar la continuidad del proceso de la acumulación en cada etapa de su desarrollo, la crisis sería sin duda también una crisis del sistema de regulación en esta etapa de la crisis general y del CME.¹⁵ Visto así el problema, más que ser idénticas o por el contrario excluyentes la crisis estructural y la de regulación, podría pensarse que aquélla resulta en cierto modo de ésta, y que a la vez contribuye dialécticamente a que el sistema de regulación opere cada vez con menor eficiencia. En una perspectiva más amplia, por otra parte, ambas se insertan en el marco

¹⁴ "Structural Crisis of the Capitalist World Economy". Ponencia presentada al Seminario de Teoría del Desarrollo de la UNAM, México, septiembre de 1984 y publicada en este libro.

¹⁵ A propósito de la regulación y de su alcance, el economista de la Alemania Democrática, Dieter Klein, comenta: "En realidad, el mecanismo de operación de las leyes económicas (o mecanismo de regulación) tiene dos aspectos inseparables entre sí, los cuales forman una unidad contradictoria: 1) las leyes económicas que existen independientemente de la voluntad y conciencia del hombre y que provocan forzosamente la acción de los sujetos económicos y 2) la acción económica de los actores económicos y de las clases, así con los instrumentos de esta acción que incluyen la política económica del Estado imperialista". "La concepción del mecanismo de regulación en el capitalismo, según Marx", publicado en la revista del Instituto de Política y Economía Internacionales, No. 3, de 1983, y que a nuestro juicio debiera, como segundo elemento, aludir a la política del Estado, sea éste o no imperialista. AMM.

histórico de la crisis general del capitalismo, la que como veremos enseguida, es necesario tener presente si queremos entender la naturaleza de la actual crisis.

Antes, sin embargo, conviene subrayar que la clave de la crisis de regulación, entendida como fenómeno de largo alcance, a nuestro juicio más que resultar directamente de la caída de la tasa de ganancia, del nivel de ésta y de la incapacidad para repartir la plusvalía conforme a la tendencia a la igualación de esa tasa, expresa la profunda alteración que sufren la ley del valor y de la plusvalía en la presente etapa del capitalismo monopolista de Estado, es decir en una en la que el proceso de acumulación no se desenvuelve ya en forma más o menos estable ni siquiera cuando hay una alta tasa de ganancia, que por lo demás, no es ya una tasa media que beneficie proporcionalmente al capital en su conjunto sino que es en gran medida apropiada, en parte incluso por medios extraeconómicos, por los más poderosos monopolios trasnacionales, a costa no sólo del capital no monopolista sino de importantes fracciones del propio capital monopolista. El solo hecho de que para contrarrestar la caída de la tasa de ganancia se recurra cada vez más a intensificar la explotación de los trabajadores tanto en los países capitalistas avanzados como subdesarrollados, explica por qué las tasas altas de ganancia de ciertas fracciones del capital monopolista con frecuencia se expresan en una creciente inestabilidad económica y aun social y política, y no en el desarrollo estable de la acumulación de capital y del conjunto de la economía capitalista.

En una perspectiva histórica, el tránsito del sistema de regulación basado en la ganancia media y los precios de producción, a aquél que descansa en la ganancia monopolista y los precios de monopolio, afecta grandemente la eficacia del sistema de regulación. Y el advenimiento y desarrollo del CME agrava el problema, sobre todo después de una larga fase de expansión económica y bajo una crisis tan profunda como la actual. Tan sólo la ca-

rera armamentista, el enorme gasto improductivo, la incontenible especulación financiera, la inflación, la gran masa de capital ficticio, el desempleo, el desajuste en las balanzas comerciales y de pagos y en los tipos de cambio de las monedas y las deudas extranjeras sin precedente, perturban de tal manera el funcionamiento de la ley del valor que resulta a menudo imposible mantener las proporciones en la distribución de los medios de producción y del trabajo que requiere un desarrollo más o menos estable. En parte ello es así no sólo porque los precios estatales monopolistas se divorcian crecientemente de sus valores sino porque el CME impide en general los movimientos de los precios a la baja incluso cuando la productividad aumenta y durante una recesión, lo que de paso se vuelve un estímulo permanente de la inflación.¹⁶

Todo lo cual, en un régimen en que el proceso de reproducción en su conjunto se desenvuelve cíclicamente a partir de la contradicción fundamental del sistema (carácter social de las fuerzas productivas y régimen privado de apropiación), y se subordina por tanto al móvil de lucro, explica por qué —como observa Pevsner— resulta tan difícil mantener la proporcionalidad de la producción y el consumo, entre la oferta y la demanda y entre el capital fijo y el circulante y otros componentes, así como la interacción estable de aquéllos en las diversas fases del ciclo del capital, a saber: capital productivo, capital-mercancías y capital-dinero.¹⁷

Lo que, por otra parte, parecería indicar que, a diferencia de lo que aconteció hasta hace algunos años y concretamente durante la larga fase de expansión que hicieron posible la profunda depresión de los años treinta y sobre todo la Segunda Guerra, ahora el sistema no puede corregir, así sea a posteriori y con grandes pérdidas económicas y un altísimo costo social, las desproporciones y

¹⁶ Véase Ya. Pevsner, *State Monopoly Capitalism and the Labour Theory of Value*, Moscú, 1982, p. 275.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 166-67.

desequilibrios resultantes de un sistema de precios monopolistas cada vez más irracional. Y desde luego tampoco puede planificar el desarrollo como lo hace el socialismo, lo que da cuenta de la verdadera dimensión de la actual crisis y de la monta de las dificultades y obstáculos a superar.¹⁸

Hasta mediados de los años sesenta el desarrollo del CME pareció ser la mejor respuesta a las contradicciones del sistema. Bajo la influencia y en el marco de estrategias de tipo keynesiano, aunque el peligro de la inflación y cierto desempleo estuvieron presentes y los desequilibrios comerciales y monetario-financieros empezaron a ser significativos, la producción creció en forma relativamente estable y los mecanismos de regulación estatal-monopolistas mostraron su eficacia. Pero sobre todo en el último decenio la situación cambia y se complica. Ahora toda la acción del Estado resulta inadecuada. Los keynesianos, desconcertados ante la inoperancia de sus fórmulas, insisten sin embargo en la necesidad de utilizarlas, en el fondo porque no tienen una alternativa que ofrecer. Y ante el hecho innegable de que la regulación estatal-monopolista no basta para que la economía crezca en forma satisfactoria, la macroeconomía empieza —especialmente en los Estados Unidos de Reagan—, a ser sustituida por enfoques microeconómicos de tipo neoclásico, según los cuales el Estado debe replegarse, limitar su intervención, aligerar su burocracia y dejar que el capital monopolista privado restablezca la capacidad del mercado para que éste y el sistema de precios estimulen la inversión e impulsen de nuevo la producción y el nivel de empleo. Mas lo cierto es que ni una ni otra terapéutica logran su propósito. Lo que comprueba lo antes dicho de que si bien no se han agotado totalmente las posibi-

¹⁸ Aparte del estudio ya citado de Dieter Klein, es interesante también el ensayo de Hans Wagner, *Carácter del sistema y mecanismos de operación de la ley del valor*, Leipzig, agosto, 1983.

lidades del CME, éste tropieza con dificultades cada vez mayores, y aunque en los dos últimos años hay una recuperación cíclica, ni la variante estatista ni la neoliberal que exagera las virtudes de los monopolios privados, parecen capaces de abrir una nueva larga fase de expansión.

La crisis general

Si bien es preciso entender el alcance de la crisis del sistema de regulación y la forma en que ésta se relaciona e influye dialécticamente sobre el carácter y las nuevas modalidades de la crisis cíclica, ambas deben situarse en el marco histórico real en que surgen y se desenvuelven: es decir, en el marco y más concretamente en la etapa actual de la crisis general del capitalismo y del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Por limitaciones de espacio no nos extenderemos sobre ciertos aspectos fundamentales pero bien conocidos de estas cuestiones. Me limitaré a subrayar que la actual crisis no se da en el vacío o en un escenario estático sino en condiciones que comprueban la descomposición histórica del capitalismo, hecho que por sí solo agrava las contradicciones del sistema e influye grandemente en su desarrollo.

El capitalismo de hoy no es el de hace un siglo o siquiera el de los años de la Segunda Guerra. Si bien no ha dejado de crecer económicamente, aunque desde luego en forma desigual y cada vez más inestable, de ser un sistema universal en ascenso que hasta 1917 operó sin la competencia de ningún otro, ahora es sólo uno de los dos sistemas en que la sociedad se ha dividido, un sistema sin duda todavía poderoso y capaz de seguir creciendo pero minado por sus profundas contradicciones internas y que, consciente de que la historia no está de su lado y de que por tanto el futuro ya no le pertenece, se empeña obstinadamente en impedir el progreso, el cambio, la transformación social, no mediante una política que

ofrezca una opción racional digna de tomarse en cuenta sino a partir de posiciones cerradas y reaccionarias que intentan detener el curso de la historia por la fuerza, que se oponen a las leyes del desarrollo social con las armas, y que consideran incluso que ante el peligro de que la humanidad avance hacia la revolución y el socialismo, es preferible la preservación del orden establecido así sea el más injusto, la defensa del *status quo*, la privación de la libertad, la violación de cualquier derecho, la agresión abierta a otros pueblos y aun la guerra nuclear y el exterminio de buena parte de todo lo que el hombre ha creado hasta ahora.

Por eso es necesario que, para comprender la actual crisis, reparemos en una categoría histórica del alcance de la crisis general del sistema. Sin situar los problemas a que hoy nos enfrentamos en esa perspectiva, tendríamos de ellos una visión parcial y aun errónea. No podríamos comprender los factores propiamente históricos que incluso más allá de la crisis del sistema de regulación, agudizan la contradicción fundamental, o sea no comprenderíamos adecuadamente cómo y por qué se socializa la producción y en general las fuerzas productivas al extremo a que hoy lo hacen, qué papel juega en tal proceso la revolución científico-técnica y cómo la transnacionalización del capital, si bien entraña cambios en la división internacional del trabajo e incluso en las relaciones mismas de producción, en realidad refuerzan la concentración y centralización del capital y el carácter privado del régimen de apropiación. De no situar nuestro examen en la perspectiva de la crisis general veríamos quizá la contradicción fundamental del capitalismo pero no la forma en que se expresa como contradicción principal, es decir como contradicción capital-trabajo en el marco de la lucha de clases. Veríamos la economía pero no la política y menos la estrecha y dialéctica relación que hay entre una y la otra, y sobre todo, tendríamos una imagen unilateral muy incompleta de los dos problemas ac-

tuales del capitalismo, careceríamos de una visión propiamente universal, y escaparía a nuestro horizonte la contradicción principal de nuestra época, o sea la existente entre el capitalismo y el socialismo, en una fase en que el fortalecimiento de este sistema y el avance desigual y no exento de tropiezos, vicisitudes y aun derrotas dolorosas, pero a la vez firme, inconfundible y en un sentido profundo irreversible de la lucha revolucionaria y el socialismo, vuelven a esa contradicción el eje del proceso histórico en nuestro tiempo.

Todo el complejo juego de contradicciones en que hoy se expresa la crisis del capitalismo confirma a nuestro juicio la validez de lo antes dicho. Bajo la presente crisis se agudizan las contradicciones interburguesas a escala internacional y en el seno de cada país. La demuestra claramente la creciente rivalidad interimperialista y los desacuerdos que hoy se advierten entre digamos la línea socialdemócrata, liberal y reformista de ciertos segmentos de la burguesía en los países capitalistas industriales y la ultramontana, reaccionaria y fascistoide que encabezan Reagan, la señora Thatcher y otros Estados y consorcios monopolistas. Los desacuerdos se aprecian a menudo incluso entre las clases dominantes de países que, estando básicamente de acuerdo, resienten por ejemplo las medidas discriminatorias y la forma dura en que procede el capital norteamericano, sin importarles el daño que su política pueda hacer a sus propios socios.

Si bien la lucha de clases en los países capitalistas más poderosos deja todavía mucho que desear y muestra que los trabajadores siguen en gran parte ideológica y políticamente sometidos a la burguesía y aun a posiciones imperialistas del todo inaceptables, bajo la presente crisis se generan conflictos obrero-patronales y situaciones nuevas que no debieran menospreciarse, se advierte mayor conciencia crítica acerca del papel del capital trasnacional y sobre todo tiene innegable importancia la movilización popular contra el armamentismo y la guerra, que clara-

mente deja ver que si bien sobre todo el imperialismo norteamericano y en mayor medida también el de los otros países de la OTAN intensifican la carrera armamentista y refuerza el militarismo, los pueblos se pronuncian por la paz y expresan, a este nivel, su profundo desacuerdo con las clases en el poder en sus respectivos países, lo que sin duda es una nueva y significativa manifestación de la contradicción capital-trabajo.

La celebración del 40 aniversario del triunfo sobre el fascismo exhibe la decisión de los pueblos europeos de impedir una nueva guerra. Enormes concentraciones de obreros, de amas de casa, de estudiantes e intelectuales reclaman el cese de la carrera armamentista. Los trabajadores y en general las fuerzas democráticas rechazan la inflación y el desempleo y piden que los cuantiosos recursos que hoy se destinan a fabricar armamentos, se utilicen para mejorar el nivel de vida de todos, para luchar contra el hambre y el atraso. Y en Inglaterra, cuando los mineros vuelven apenas a su trabajo después de más de un año de huelga, millares de maestros golpeados por las crisis se lanzan a la calle a exigir salarios dignos a un gobierno antidemocrático y represivo.

A estas horas es claro que los trabajadores empiezan a cobrar conciencia. Y aunque muchos de sus dirigentes se muestran vacilantes y siguen sometidos a las líneas burguesas, la inconformidad de aquéllos es creciente. Los trabajadores comienzan a comprender que el imperialismo les impone condiciones inaceptables y que, aun renegociadas las deudas externas de los países más endeudados, éstos no podrán pagar mientras impere un sistema de relaciones económicas internacionales tan desfavorable como el actual.

Aun en países latinoamericanos y de Asia y Africa en que la lucha de clases es todavía débil, la presente crisis ha mostrado que los pueblos rechazan las posiciones que el imperialismo pretende imponerles. Las propias burguesías de esos países, aun careciendo de vigor, de capa-

cidad y de independencia para ofrecer una alternativa antimperialista nacional y popular, expresan a menudo sus desacuerdos con las posiciones del capital financiero internacional y sobre todo norteamericano, como por ejemplo lo han revelado las recientes reuniones económicas latinoamericanas de Quito, Cartagena y Mar de la Plata.¹⁹ Y sobre todo la clase obrera, la pequeña burguesía y las capas medias radicalizadas se oponen abiertamente a la política de corte monetarista que el Fondo Monetario y el Estado ponen en marcha, y que fundamentalmente intenta salir de la crisis intensificando la explotación de los trabajadores.

La más importante expresión de la lucha de los pueblos es sin duda la que se exhibe en la relación entre el imperialismo y las grandes masas en los países del llamado Tercer Mundo, a través de los procesos de liberación nacional en marcha, y sobre todo la que se da en la relación entre el capitalismo y el socialismo. Lo que acontece hoy en Nicaragua, en El Salvador y en Guatemala, lo que ocurrió hace un año en Granada; lo que sucede en Chile, Uruguay y otros países latinoamericanos, y también en el Cercano y Medio Oriente y otras regiones, comprueba no sólo que la presente crisis es, además de económica, social y política, sino que el imperialismo se empeña a toda costa en privar a los pueblos de su libertad e independencia, así sea interviniendo ilegalmente en sus asuntos internos y aun echando mano de la agresión armada. Y lo que subyace además a la política es un drenaje constante de recursos, en parte provocado por el capital extranjero y en parte por la propia burguesía nacional, la que con frecuencia prefiere también mantener sus excedentes en los bancos de otros países, en vez de invertirlos en el propio.

Los graves desajustes financieros que hoy se aprecian

¹⁹ Véase, del autor de este artículo, "Crisis y estrategia de desarrollo en América Latina", Revista *Estrategia*, No. 57, México, mayo-junio de 1984.

concretamente en el llamado Tercer Mundo, proceden fundamentalmente de la incapacidad para hacer crecer y utilizar productivamente el potencial de inversión, en parte porque se desperdicia o al menos se destina a actividades más o menos improductivas, y sobre todo porque el imperialismo y las oligarquías domésticas habitualmente subordinadas a él, saquean a esos países de las más variadas maneras y les impiden usar sus propios recursos en condiciones que les permitan un desarrollo relativamente rápido y estable.

Este solo problema es sin duda un signo del agravamiento de la crisis general del capitalismo. A primera vista podría parecer que el imperialismo y en general el capital monopolista internacional consiguen lo que se proponen. Acaso como nunca antes la riqueza se concentra en unas cuantas grandes potencias, con los Estados Unidos a la cabeza. Y mientras tanto los países del Tercer Mundo no sólo no avanzan sino que a menudo retroceden y son víctimas de la inflación, el desempleo, los bajos precios de sus exportaciones y toda clase de ajustes internos y externos. El mero hecho de que a estas horas deban alrededor de 700 mil millones de dólares principalmente a los países capitalistas industrializados, y de que tan sólo por concepto de intereses tengan que pagar anualmente decenas de miles de millones, muestra la desigualdad que caracteriza al desarrollo capitalista y el alto precio que se cobra a las naciones más atrasadas. Pero las ventajas que todo ello entraña para las grandes potencias imperialistas pueden resultar engañosas y efímeras. En tanto no se resuelvan los problemas económicos que plantea la actual crisis, el carácter político de ésta tenderá a acentuarse, la democracia burguesa difícilmente podrá mantenerse y acaso en algunos países la crisis se volverá una situación revolucionaria.

La respuesta de las burguesías domésticas en los países subdesarrollados no cambiará esencialmente las cosas. Si algo comprueba la actual crisis es que, sin menoscabo

de la responsabilidad fundamental que toca al imperialismo en los desequilibrios y las deformaciones socioeconómicas de esos países, las oligarquías locales tienen también mucho que ver en ellos. La forma en gran medida improductiva de usar el excedente y la tendencia cada vez más clara a enviar capital al extranjero —en lo que ya es un drenaje crónico— cuando más se requiere en los países de los que ese capital procede, bastarían para señalar lo grave de esa responsabilidad.

Y en países en que el requisito más importante para activar el crecimiento económico y superar la crisis es llevar a cabo ciertas reformas que aun sin cambiar la naturaleza del sistema modernicen las relaciones de producción, la posición imperialista que se opone a cualquier cambio social por considerarlo políticamente peligroso y contrario a sus intereses, se vuelve el elemento que más influye en el agravamiento de la contradicción fundamental y por tanto en la profundidad de la actual crisis. Lo que en otras palabras significa que las posiciones más reaccionarias con las que se pretende asegurar la estabilidad del sistema, al impedir los cambios necesarios para liberar el potencial de desarrollo, movilizarlo y hacer posible la expansión de las fuerzas productivas, refuerzan los obstáculos a vencer y se convierten en el principal factor determinante de la inestabilidad y la crisis. Lo que, de paso muestra cómo la acentuación de la crisis general influye en la creciente ineficacia del sistema de regulación.

Porque si bien los ideólogos imperialistas creen que la preservación del viejo orden de cosas es necesaria para que el mundo recobre la relativa estabilidad de otros tiempos, lo cierto es que ésta no puede fundarse en la violencia reaccionaria de quienes se empeñan estérilmente en impedir el progreso social para mantener sus privilegios.

Y si el imperialismo se opone inclusive a reformas que en otros tiempos la propia burguesía impulsó, pero

que ahora se consideran subversivas e inaceptables, lo que ocurre frente al socialismo es todavía más revelador de la incapacidad del viejo sistema para aceptar la coexistencia pacífica y el trato respetuoso con países que empiezan a dejarlo atrás e incluso a decidir el curso de la historia. En el plano económico, aunque a menudo no sin contradicciones inevitables, el imperialismo trata desde hace años de estorbar de múltiples maneras el crecimiento y la integración de la comunidad socialista. Ideológicamente mantiene que el socialismo es totalitario y que priva a los pueblos de su libertad e iniciativa. Y política y militarmente —y como se sabe la acción militar no es sino un medio de hacer política—, busca desestabilizar a ciertos países y promueve la carrera armamentista hasta extremos que ponen el mundo al borde de la guerra.

La contradicción capitalismo-socialismo es sin duda la principal de nuestra época, y está en la base misma de la actual crisis tanto del sistema de regulación como cíclica. La irracionalidad que caracteriza las posiciones imperialistas hacia el socialismo fomenta la carrera armamentista, estimula la inflación y se traduce en profundas deformaciones del aparato productivo y del conjunto de la economía de los países que las mantienen; implica un enorme desperdicio de recursos que bajo otras condiciones podrían emplearse productivamente; obliga a los países socialistas a defenderse, lo que impone sin duda serias limitaciones a su desarrollo; amenaza a la humanidad con una nueva forma de fascismo y aun con una guerra nuclear, y pretende que si rompe el relativo equilibrio militar entre los dos sistemas y restablece la hegemonía militar del imperialismo podrá debilitar al socialismo, hacerlo aceptar su posición subordinada y superar sus más graves problemas.

Desde luego no sabemos lo que pueda ocurrir en el futuro. Pero aparte de que el desarrollo social no lo deciden las armas sino las leyes de la historia y la capa-

cidad de los pueblos para actuar sobre ellas, el socialismo, por un lado no parece dispuesto a permitir que sus enemigos reviertan el proceso histórico y modifiquen a su favor la actual correlación de fuerzas, y por el otro, la contradicción entre los dos sistemas es una nueva forma de manifestación de un nuevo nivel cualitativo de la contradicción capital-trabajo. Los trabajadores no son ya, como bajo el capitalismo, el extremo débil de esta contradicción. Antes al contrario, ahora se trata de obreros, de campesinos, intelectuales y en general de pueblos que han demostrado que saben pelear y triunfar. Si sus enemigos no pudieron derrotarlos cuando, bajo las condiciones más adversas luchaban por su liberación, es muy difícil que ahora, cuando son ya experimentados revolucionarios, los puedan vencer.

La crisis del capitalismo afecta indudablemente a los países socialistas, pero no en la medida en que la lucha revolucionaria y el desarrollo del socialismo agravan los problemas e intensifican las contradicciones del viejo sistema capitalista. Este es el contenido esencial de la crisis general del capitalismo, la razón por la cual esta crisis es el rasgo distintivo de nuestro tiempo y el principal factor que explica por qué la historia se mueve en la dirección en que lo hace.